

ENCUADRES DE LA MEMORIA:
CARTOGRAFÍAS Y GENEALOGÍAS EN LOS TEXTOS DE MARTINA
BARROS E INÉS ECHEVERRÍA

*FRAMES OF THE MEMORY:
CARTOGRAPHY AND GENEALOGY IN MARTINA BARROS' AND INÉS
ECHEVERRÍA'S TEXTS*

Lorena Amaro Castro
Pontificia Universidad Católica de Chile
lamaro@uc.cl

RESUMEN

El siguiente artículo indaga en las memorias de dos escritoras chilenas: Inés Echeverría y Martina Barros, quienes conocieron el Chile de fines del siglo XIX y publicaron sus textos recién a mediados del siglo XX. Como otros escritores del período, pertenecieron a familias de élite; sin embargo, su condición sexo–génerica en una sociedad conservadora complejizó su valoración en la historia literaria. La revisión de estas producciones conduce a una reflexión sobre las relaciones entre estas obras y los textos memorialísticos en general, vinculados por el crítico Leonidas Morales a los discursos provenientes del poder en nuestro país. ¿Pudieron ellas, discriminadas por su sexo, ser también sus portadoras o sus voces? ¿Cómo se integran en la lista de los memorialistas que buscaron, a través de sus particulares enfoques, fijar la memoria republicana y nacional? Presento aquí un recorrido por las redes tejidas por estas autoras para posicionarse en un lugar: en primer término, el del barrio céntrico de la metrópoli que ocupa la oligarquía, pero también, buscando ir más allá, en el lugar de una red genealógica y de una nación. Desde allí las autoras observan y también se desplazan, comentando cuestiones a las que los varones no tienen acceso o sobre las cuales prefieren callar, y levantando cartografías y herencias que las instalan como voces autorizadas de su clase.

PALABRAS CLAVE: memorias, autobiografías, mujeres memorialistas, genealogías, lugar, nación.

ABSTRACT

The article enquires the memoirs of two Chilean writers of late XIX century: Martina Barros and Inés Echeverría, whose texts were just published in the middle of the XX century. Due to their condition as

female members of the conservative high class the reception of their memoirs in literary history was a complex issue. Revisiting this sort of texts leads to a reflection on the relationship among memoir texts in general and power (according to Leonidas Morales), and other problems such as gender discrimination and the women's integration in national republican memory. The study scopes the network created by both memoir writers as starting point in order to observe, to move, to discuss (or prefer to remain silent) on issues men do not have access to. In doing so, they draw cartographies and inheritances that set them up as authorized voices of their social class.

KEY WORDS: Memory, Autobiography, Memoirs writing women, Genealogies, Place, Nation.

Recibido: 10 de diciembre de 2012

Aceptado: 30 de enero de 2013

La memoria es una capacidad que implica tanto la posibilidad del recuerdo como la dinámica del olvido, tensión activa que va configurando los relatos personales en un juego de selecciones y omisiones, que los modela de acuerdo con el sentido que se desea imprimir en ellos. Hoy, la memoria no puede ser comprendida sino como “un proceso abierto de reinterpretación del pasado que deshace y rehace sus nudos para que se ensayen de nuevo sucesos y comprensiones” (Richard 29), mirada que debiera asistir el análisis de los textos que buscan un puente con el pasado, como es el caso de aquellos que bajo la categoría de “memorias” ocupan una suerte de encrucijada formal entre la autobiografía y el registro histórico. Su tema, como ha planteado Philippe Lejeune en “El pacto autobiográfico”, no es el “yo” –con sus accidentes, traumas y recapitulaciones–, sino más bien el tiempo y el espacio habitados por esa subjetividad, la que procura, desde un encuadre particular, documentar los hechos acaecidos en su entorno social y político. Viajes, guerras y gobiernos son inscritos en las páginas del memorialista más allá de su propio afán protagónico, buscando imprimir a su voz la autoridad de la experiencia y, muchas veces también, del respaldo documental (cartas, notas de prensa, fragmentos de diarios íntimos). De ahí que los críticos vean en el trabajo memorialístico un esfuerzo más cercano a las aspiraciones historiográficas que a las intimistas, propias de las llamadas “escrituras del yo”.

Sin embargo, tanto el carácter procesual de la memoria como la infinita variabilidad de los textos hacen de este deslinde, aparentemente tan claro en las definiciones y modelos que teorizan los géneros, un límite inestable. Esto es así incluso en las narrativas que se publicaron y divulgaron a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX en Chile, las que buscaban acercarse a los modelos memorialísticos europeos sin mayor afán exploratorio desde un punto de vista escritural. Si bien diversos investigadores de este período plantean, tanto desde la historia como desde los estudios literarios chilenos, que uno de los géneros predilectos de los escritores fue precisamente éste –como los títulos y subtítulos de muchos de aquellos libros dejan ver–, es posible cuestionar que efectivamente fueran memorias lo que escribieron.

Según Gonzalo Catalán, en el campo de la literatura finisecular –la que por entonces apenas comenzaba a profesionalizarse– el género memorialístico habría sido, junto con la crónica, el único que habría alcanzado “un desarrollo maduro y autónomo” (91), frente a la falta de diferenciación estilística y especialización de otros géneros. En esto coincide el crítico Leonidas Morales, quien observa que “en la literatura chilena moderna, los géneros de la intimidad (memorias, diarios íntimos, cartas, autobiografías) se hallan dominados en términos apabullantes por el de las memorias” (110). Ahora bien, otros autores, como por ejemplo el historiador Manuel Vicuña –quien emplea una gran cantidad de memorias, diarios y autobiografías para dar forma a su relato histórico– considera que si bien esas memorias buscaron alzar “voces eminentes y autorizadas de una historia ilustre digna de ser contada”, ciertamente oscilaron “entre la vida privada de sus protagonistas y el curso, agitado o sereno, de los asuntos públicos” (77), devaneos de la intimidad que las acercan a las modernas concepciones autobiográficas. Con esto quiero apuntar a los dilemas del género y al hecho de que, si bien han sido consideradas más “objetivas”, las memorias son productos textuales proteicos y también caprichosos; no porque el objeto narrado sea algo “exterior” a la conciencia o ajeno a la vida íntima, el género queda libre de la subjetividad de su autor y de los olvidos, mentiras e intromisiones intimistas o ficcionales; por el contrario, siempre hay un encuadre desde el cual se perciben y escriben los hechos vividos, dejando en un “fuera de campo” una buena parte de la realidad social e histórica, fuera de campo que el lector puede cuestionar o admitir en su acercamiento a este tipo de escritura.

Por otra parte, y procurando ir más allá de una discusión algo árida en torno a los géneros, me parece que la discusión no puede ser obviada, debido a las incidencias políticas que cabe a la diferenciación de los mismos, en una lectura más amplia que involucre escritura, ideología y poder. Es sabido que las memorias a las que me refiero fueron escritas principalmente por miembros de la oligarquía, quienes a través de sus recuerdos nutrieron la didáctica republicana y nacional, proponiendo ejemplos cívicos y enaltecendo muchas de las nacientes instituciones, desde el Ejército o la Compañía de Bomberos, hasta la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile o el teatro. Me parece interesante, en este sentido, que Leonidas Morales vincule esta pasión memorialista con la pasión historiográfica de nuestro país, y sobre todo que la ponga bajo sospecha política, levantando la hipótesis de que uno y otro tipo de textos, memorias y relatos históricos, son “portadores de discursos cómplices del poder”, a diferencia del diario íntimo o la autobiografía, que considera “discursos periféricos, de margen, elaborados en un espacio de ruptura y resistencia” (Morales, *ibíd.*).

Durante mucho tiempo me ha interesado esta hipótesis de Morales, su idea de que quizás fuera posible ordenar los géneros de la intimidad en Chile de acuerdo con esos parámetros, los que llevan el análisis literario a una indagación sobre las estructuras del lenguaje, la expresión de la subjetividad y sus relaciones con el poder. Lamentablemente, es difícil comprobar o rechazar su hipótesis, dado el gran número de textos

decimonónicos en que, como ya se ha dicho, memorias y autobiografías se entrecruzan, configurando textualidades en ciernes que al mismo tiempo que buscan acercarse a sus modelos europeos, se ven atravesadas por otras urgencias, por otras voces¹. Sí es posible, quizás –y esto es lo que procuraré hacer en este artículo–, responder a una de las muchas preguntas que surgen a partir de esta sugerente incitación crítica: ¿hasta qué punto se puede ver esa “complicidad con el poder” en el caso de las memorias erigidas por sujetos sociales subordinados, como las mujeres? Al igual que sus pares varones, las memorialistas de quienes hay registro pertenecieron a familias de élite, pero por su condición genérico–sexual debieron administrar de manera muy compleja su autoría², proyectando estrategias retóricas que les permitieran ser admitidas en el campo literario de profesionalización en ciernes. A diferencia de sus pares varones, no ocuparon cargos públicos ni militares, ni lugares clave en la Iglesia o en el mundo de los negocios privados. ¿Podían establecer sus narrativas alguna complicidad con el poder? ¿De qué modo, en qué ámbitos? ¿Cuál fue la contribución de estas autoras a los discursos fundacionales y nacionales que asoman en las memorias del XIX, como las de José Victorino Lastarria, Vicente Pérez Rosales o Crescente Errázuriz? ¿Qué agregan o niegan? Para explorar posibles respuestas, describiré y analizaré los principales aportes de dos ineludibles memorialistas, nacidas en el siglo XIX, cuyo trabajo encontró recepción y reconocimiento principalmente en el siglo XX. Me refiero a Martina Barros (1850 – 1944) e Inés Echeverría, Iris (1868 – 1944), autoras que escribieron entre dos siglos, asumiéndose, como escribe Ana Traverso,

como testigos privilegiados de un cambio de civilización, de paradigma, marcado por el paso de un pasado de herencia colonial, en que las mujeres estuvieron por siglos sometidas a una especie de esclavitud doméstica, hacia un futuro de libertades, derechos y conocimiento. Esta transformación se produjo durante el siglo XIX, a partir de los logros del proyecto republicano, del cual ellas habían sido testigos próximas por pertenecer a las familias de los fundadores de la nación chilena (63).

En la lectura de Traverso se sugiere que, al ser testigos de las transformaciones inherentes a la situación social de la mujer, estas autoras manifestarían algún tipo de

¹ He propuesto en otro artículo un listado de textos escritos por autores y autoras nacidos entre 1891 y 1925 que consideré autobiográficos antes que memorialísticos (Amaro 2011a), pero el esfuerzo comparatístico es muy complejo, dadas las intromisiones de un género en otro género.

² Sobre la construcción autoral de las escritoras chilenas del siglo XIX han investigado Alicia Salomone, Carol Arcos, Darcie Doll, Ana Traverso, Marcela Prado y otras autoras. Por mi parte, también abordé este asunto en relación con las autobiógrafas chilenas (Amaro 2012).

discurso reivindicatorio, crítico del pasado y esperanzado en ese futuro de libertades. Algo hay de eso, sin duda, si bien conviene aclarar que ni Martina Barros ni Iris escribieron memorias centradas solo en el tema de la mujer. Son otros los textos de Barros, no sus memorias, en que la autora prestó atención central a estos problemas. En el caso de Iris ocurre algo similar. Si hay un profeminismo en estos textos, éste se halla más bien entrelíneas, en la narración de sus propias experiencias y sobre todo en la manifestación no plenamente consciente de las tensiones a las que se ven sometidas. En ambas es posible constatar, además, esos cambios de paradigma epocal, la mirada confiada en el progreso, en el caso de Martina Barros, y aristocratizante y crítica de la modernidad, en el caso de Inés Echeverría. Es el lector de hoy quien puede percibir en ellas, en sus voces, los súbitos destellos de un pensamiento atrapado entre el decir y el no decir aún.

En Iris, la cuestión de la mujer se va tramando, también, en sus descripciones de la alteridad femenina a través de los viajes. Juegos de espejos, inversiones, interrogaciones que ella se plantea al ver a una belenita, a una viajera inglesa, a una burgalesa en un balcón. Frente a ellas plantea comparaciones y severos e irónicos juicios³. También la familia es, en ambas, un espejo, ya sea porque se miran en la alteridad masculina o tratan de liberarse de pesadas herencias femeninas. Ambas autoras invitan a leer en ese tramado de alusiones los cambios entre dos siglos a los que se refiere Traverso.

En el caso de Martina Barros me ocuparé de *Recuerdos de mi vida*, publicado en 1942, poco tiempo antes de la muerte de su autora, pero a juzgar por su introducción, escrito a lo largo de varias décadas. Si hubiese que preguntarse cuál es el tema de estas memorias, nos encontraríamos con una primera dificultad: no se habla aquí de una guerra, un viaje o un gobierno en particular, sino de una serie de episodios nacionales, con una voz que procura dar un relato objetivo de los hechos pero que al mismo tiempo

³ Los dos primeros casos se encuentran en *Hacia el Oriente*, donde Iris observa, condenándolas casi siempre, a mujeres árabes y judías, salvando la belleza y misterio de las belenitas, por su relación con la Virgen María. La inglesa aparece en varios fragmentos de *Hacia el Oriente* y como ella, escribe un diario, aunque diametralmente opuesto al suyo: informativo, sin imaginación. Sobre la burgalesa informa en varias páginas de *Entre dos siglos*, comparando su vida cosmopolita con la de la oscura provinciana que observa la vida desde un balcón: “En aquella mujer, que era una dama por el tipo, pude medir la distancia entre Castilla la Vieja y París. No son días de viaje los que separan un país del otro; son siglos de pensamientos, de sentires, de emociones y de actividades” (47). Otras mujeres en las que Iris observa para leerse a sí misma en sus diferencias son las de su propia familia, principalmente la dicotomía entre “las Matte”; de cultura afrancesada y liberal, y la abuela y la tía Dolores Echeverría, de costumbres y religión arraigadas en la colonia. La autora teje fuertes identificaciones con la moderna cultura francesa en el lenguaje y las costumbres, como también resalta la herencia castellano–vasca en lo que podríamos llamar su configuración espiritual, de rasgos conservadores y aristocratizantes.

pone de relieve sus genealogías familiares y la intervención indirecta de la narradora en los hechos relatados. En lo que respecta a Iris, me cifraré principalmente en dos textos que han sido presentados como “diarios”, *Hacia el Oriente* (1905/1917) y *Entre dos mundos* (1937), pero que prefiero calificar de memorias de viaje.

En su artículo sobre estas dos autoras y María Flora Yáñez –algo más joven que ellas—, Ana Traverso plantea que las tres, en su análisis de los cambios sufridos en el país, “se sitúan en lo que denominan ‘barrio’, ‘conventillo’ (Iris siempre más irónica) o ‘pequeña aldea de provincia’, para referirse a la ‘vecindad decente’ (Vicuña) ubicada en las cuadras céntricas de la capital donde se concentró el poder político hasta los años 30” (64). En Barros procuraré rescatar esa cartografía, que la autora levanta poniéndola en relación con sus parentescos y afectos, con sus propias genealogías. En Iris exploraré una noción más amplia de viaje, dado que la itinerancia y sobre todo la idea de peregrinaje impactaron en su escritura. En ambas, pienso que es relevante la construcción de lugares, cartografías y genealogías, a través de los cuales ellas logran desarrollar un sentido de pertenencia, posicionándose así como voces autorizadas para hablar por su clase y también, en nombre de una nación.

LAS REDES DE MARTINA BARROS

“Una dama [...] ha de seguir en esta nómina, invadida hasta hoy sólo por varones [...]”, escribe Raúl Silva Castro en el recuento “La memoria personal” (482), uno de los capítulos de su *Panorama Literario de Chile*, para introducir su breve texto sobre Martina Barros. El crítico recalca que, por sus relaciones familiares –sobrina del importante historiador y político Diego Barros Arana y esposa del médico Augusto Orrego Luco–, “la señora Barros parecía llamada a darnos un libro de estupendo interés”, expectativa que a su juicio no cumple:

Sus *Recuerdos de vida* (1942), sin embargo, nos dejan gusto a poco. Se nota que no ha querido rozar a nadie, y que no desea con su obra escandalizar a ninguno de los suyos. Lo que narra es, pues, de preferencia, lo trivial y público (...) Los grandes hechos dramáticos de la vida de Chile se pasan un tanto de ligera, a excepción, naturalmente, de la guerra civil de 1891. Aquí el tema se impone por su volumen a la narradora, y de su ambiente compuesto de opositores, logra sacar no pocas anécdotas significativas (482).

En 1961, además de repetir lugares comunes de su tiempo –hablar de las autoras como “señoras”, por ejemplo– Silva Castro suponía que las memorias debían tener un ingrediente escandaloso, además de revelar intimidades familiares. Eso deja en claro no sólo que los lindes entre autobiografías y memorias han sido trazados con posterioridad, sino que además el texto de Martina Barros pertenece, para tristeza del crítico, a este último género. Sin embargo, es remarcable que al menos haya sido

incluida en la nómina de memorialistas de este crítico, a diferencia de Inés Echeverría, quien está ausente del grupo de escritoras conformado por Barros y las diaristas Amalia Errázuriz y Lily Íñiguez.

Un año antes, Alone había hecho su propio listado, incluso más mezquino: consideraba solo a Martina Barros y a María Carolina Geel entre los “memorialistas chilenos”. Su lectura, más elogiosa, se apoyaba principalmente en el resumen de un par de anécdotas referidas por Martina y protagonizadas más bien por el marido: “Ligeras y delicadas, las páginas en que lo conoció figuran, por su levedad, entre las mejores del libro” (115).

Alone subraya los aspectos íntimos porque él mismo fue un lector asiduo de este tipo de páginas, particularmente de la literatura en lengua francesa, en que se fraguaron las obras nada más ni nada menos que de Rousseau y Amiel, precursor de la autobiografía moderna el primero, y del diario íntimo, el segundo. En Martina Barros él lee esa tradición, por cierto más “autobiográfica” (y romántica) que memorialista, al contrario que Silva Castro, quien repara sobre todo en el relato de hechos públicos y conocidos, lo que se entiende usualmente por memorias.

Hoy es posible verificar en la narración de esta autora –como en las de Inés Echeverría– algunos elementos de aparición recurrente en las memorias de mujeres: las tensiones en la construcción de su autoría y las retóricas de la disculpa asociadas a ella, la necesidad de elaborar una genealogía masculina que refrenda y nutre la literatura de la mujer (en este caso a partir de las figuras de autoridad del tío historiador y del marido médico, político y ensayista). Estos temas los he tocado anteriormente en lo relativo a la escritura de Martina Barros (v. bibliografía), por lo que me interesan aquí otras cuestiones, como por ejemplo, las estrategias literarias que ella desarrolla para retratar la gesta republicana de la cual su grupo social, como ella lo representa, ha sido la cabeza visible. Esa representación se vincula con lo que llamaré sus “redes”: Martina traza genealogías en el tiempo y cartografías en el espacio social de Santiago, tejido que le permite a sí misma situarse en un centro, observatorio privado desde el cual puede observar con privilegio, como lo ha señalado también Ana Traverso, los grandes acontecimientos de su tiempo.

El libro, que consta de cuatro grandes apartados (“Infancia”, “Juventud”, “Matrimonio”, “Últimos años”) abre con una “Introducción”: “En este precioso lugar en donde he disfrutado de múltiples encantos, sufrido penas y soñado con el porvenir quiero comenzar estos apuntes destinados a fijar mis recuerdos” (9). Se refiere al balneario de Constitución y fecha este texto en 1907, treinta y cinco años antes de que el libro fuera publicado. La memoria se abre, pues, fuera del centro, descentrada: no es en aquel Santiago que ocupará la mayoría de los capítulos donde se escudriña el pasado, sino en el espacio excepcional de grandes vacaciones familiares. Tampoco se encuentra “extremada”, sino que aparece como un injerto textual, escrito en su madurez, no en la ancianidad. Es entonces y allí cuando decide, quizás, escribir sus

memorias para llegar algún día a publicarlas. Plantea un propósito muy claro: “narrar las transformaciones que he presenciado en la sociedad y recordar las personas ilustres que me ha tocado en suerte conocer”, afán claramente memorialístico que luego, sin embargo, se ve atravesado por la modestia retórica de querer escribir la biografía de otro, la del meritorio marido, en el afán de que los nietos y descendientes conozcan mejor a ese hombre que, ciertamente, escribió por sí mismo sus memorias (*Recuerdos de la Escuela*, 1922). En este sentido, la estructura del texto dice mucho, ya que es recién en el apartado “Últimos años” (por tanto, fuera del “Matrimonio”) donde la escritora se centra más en sí misma, no tanto en la vida política o social a la que accede en pareja, para escribir sobre sus actividades literarias, su viaje a España y también, introducir una serie de semblanzas sobre chilenas notables. Esa historia que ella dice deberle a sus hijos –la del esposo– va quedando relegada a un segundo plano en la medida que el relato avanza y que la autora va descubriendo, quizás desde ese lugar descentrado que es el balneario, sus propias experiencias y saberes.

El apartado “Infancia” comienza con el subtítulo “La casa de mi abuelo”. No parece extraño que el relato abra dos veces con connotaciones de lugar, dado que al espacio vivido anudan fuertes lazos afectivos, mediados por la memoria. Javier Maderuelo ha escrito que en la cultura los lugares están signados con nombres, los cuales además de señalar unas formas características “se cargan con significados emotivos”: “A través de esta emotividad, de la significación cultural, de la historia colectiva y de la memoria personal, el espacio geográfico se hace paisaje, pueblo o paraje, se convierte en *lugar*” (17). Barros hace los espacios narrados lugares, detallando minuciosamente nombres y esquinas, apropiándose de ellos y señalando el lugar que ocupa su familia en el centro de la capital chilena, además de los cambios sufridos por la ciudad, de los cuales ella ha sido testigo:

Uno de mis recuerdos más lejanos es el de la casa de mi abuelo paterno don Diego Antonio Barros, situada en la calle de Ahumada, acera poniente, penúltima casa antes de llegar a la esquina de la calle de Agustinas, precisamente enfrente de la actual portada principal del Banco de Chile (15).

De manera muy similar, escribe en el apartado “El hogar de mis padres”:

La casa era relativamente pequeña, al menos la primera que recuerdo, que estaba situada en la esquina de Huérfanos y Bandera frente al costado de la de Matías Cousiño, que ocupó después, por muchos años, el Club de la Unión (35).

Y así abre sus recuerdos sobre la escuela, donde recibió educación, aunque no instrucción, como la propia autora revela con cierta crítica:

Al año siguiente entré –en 1° de marzo de 1856– a la escuela a la cual debo, en gran parte, lo poco que he sido en mi ya larga vida. Era de Miss Whitelock y

estaba en la casa de don Agustín Llona, en la calle de Morandé frente al Senado, que entonces creo que era un sitio sin edificar (54).

La madrina vivía “en la Alameda frente a la iglesia de San Francisco” (64), el tío Diego Barros Arana, a su regreso del exilio, “en la calle de las Rosas muy cerca del convento de las Monjas Capuchinas”. ¿Por qué es necesario señalar estos lugares? Ya antes me he detenido en esta noción, en su carácter afectivo y su vinculación con la memoria. Pero me parece que se puede ir más allá. El crítico Edward Said ha escrito que el lugar entraña ideas de “tranquilidad, amparo, bienestar, pertenencia, asociación y comunidad”, “que lleva consigo en la expresión ‘en casa’[...]” (20). Sin duda, la pertenencia y la asociatividad son fundamentales en la construcción del relato memorialístico, sobre todo la búsqueda de una posición (central) en esa red de relaciones. Por otra parte, y recurriendo nuevamente a Said –que significativamente tituló su autobiografía *Fuera de lugar*–, se podría decir que la versión más asequible de lugar es la nación. Sin embargo no es en ella sino en la noción de “cultura” donde se pueden asimilar mejor esos matices afectivos de pertenencia: “Es en la cultura en donde podemos buscar el rango de significados e ideas transmitidos por los términos *perteneciente a o de un lugar*, entendiéndose por *en casa y en un sitio*” (20). Las memorias de Barros indudablemente hablan de eso: de una cultura, de un espacio vivido y transformado, de unos valores compartidos con las personas de su clase y condición. Por esto mismo, las precisiones sobre los lugares –que son, al fin y al cabo, lugares neurálgicos de la nación, en que se desarrollarán la política y la economía republicanas (bancos, clubes, iglesias)– van acompañadas de otras, sobre los antepasados y familiares ubicados a lo largo de esa trama. Adolfo Prieto ha escrito sobre el prurito genealógico en las memorias decimonónicas argentinas, situación que se produce también en muchos de los textos de los oligarcas chilenos. Esta no es la excepción: los detalles que ofrece Barros sobre el mapa de Santiago se acompañan de explicaciones sobre su herencia familiar. De este modo la memorialista va tendiendo más que una cartografía personal: va dibujando las redes que la vinculan sincrónica y diacrónicamente con un grupo, con el poder oligárquico y sus fundamentos. En este caso, con los orígenes de la República e incluso con los orígenes coloniales:

Si me he decidido a no suprimir estos apuntes ha sido porque me han asegurado que ellos dan una idea de cómo se vivía en una gran casa de Santiago, a mediados del siglo pasado; porque la casa de don Diego Antonio Barros era una de las más representativas de aquella época todavía semicolonial (31).

En realidad mi abuelo era un hombre de gran alcurnia. El primer Barros venido a Chile, fue compañero de Valdivia y por las venas de mi abuelo corría la sangre de muchos Conquistadores de América; muchos de sus antepasados tuvieron señaladas actuaciones durante la Conquista y la Colonia y su padre y él, durante

la Independencia y los primeros años de la República. Además pasaba por ser el comerciante más acaudalado de su tiempo. Todo esto, como es natural, le daba una gran situación social y política (32).

La belleza y refinamiento de mi mamá eran la herencia de su padre el General don José Manuel Borgoño, quien a pesar de ser hijo de español, apenas comenzó la guerra de la Independencia, corrió a afiliarse entre los patriotas, rompiendo así con los más caros afectos de familia” (...) Siguió mi abuelo todas las actividades y peripecias de aquella guerra santa, distinguiéndose extraordinariamente, en Maipú (39 – 40).

Su ascendencia y ubicación social (que inciden en el lugar que ocupa, en el corazón de la metrópoli chilena), le permiten tener un encuadre privilegiado de hechos cruciales del Chile moderno: “La que no ha visto, como yo, los años de la guerra no sabe lo que son los chilenos ni de lo que Chile es capaz”, escribe con orgullo nacional incontenible para narrar los festejos militares tras la victoria contra Perú y Bolivia: “En toda la Alameda había arcos triunfales, lo mismo en la calle del Estado y la Plaza de Armas. Además, en la Alameda había palcos para presenciar el desfile triunfal; yo lo vi desde uno de ellos” (162). Como se deja ver, Barros escribe siempre desde una posición privilegiada: el palco, el balcón de avenida principal, en otros segmentos. Ahora bien, estos encuadres a veces son más limitados: se ven recortados por su condición femenina y, por lo tanto, “impresionable”: desobedeciendo a los mandatos familiares, observa desde un postigo entreabierto el desfile de carretas con los cadáveres carbonizados de la víctimas del incendio de la Compañía (principalmente mujeres), o bien, desde otra rendija igualmente bien ubicada, el ajusticiamiento de un reo en Valparaíso.

Esta mirada oblicua y secreta es, sin duda, enriquecedora. Barros no sólo exhibe las fachadas de las casas señoriales y las historias de honor de sus ancestros, al fin y al cabo referidos también en muchas memorias de varones. Su condición femenina le permite también ver de otro modo –y sobre todo narrar– hechos y personajes inadvertidos por sus coetáneos varones. Iris, más autoconsciente de su escritura, se refiere a esta posibilidad de la mirada: “He tenido el raro privilegio de ver un mundo cerrado a los hombres –únicos escritores del siglo pasado– entrando a los patios coloniales y a las alcobas secretas del alma femenina, que estaban defendidas por gruesas rejas y cerrojos de hierro...” (1937, V). Como mujeres, Iris y Martina Barros son capaces de escribir sobre un mundo doméstico ignorado por los memorialistas varones, más preocupados de escribir sobre los grandes hechos de su tiempo (y su vinculación pública con ellos).

En *Recuerdos de mi vida*, algunos pasajes describen los patios traseros, aquellos en que las sirvientas juegan un rol mágico. Aparece el relato oral en el cuento de “Juan

de la Rosa”⁴. También desfilan por esos patios los personajes que conforman la contracara del poder patriarcal: la india Bartola, ña Chepa la loca, la sirvienta Manenena, la tía paralítica, las solteronas, las siniestras monjas que impresionan a Martina niña, incluso un ex combatiente de la guerra de la Independencia, enloquecido y empobrecido, cuya lamentable situación la lleva a enjuiciar: “La naciente República no era, como se ve, muy generosa con sus servidores” (29). Esta voz crítica emerge, como se ha dicho ya, de una conciencia que se siente autorizada para publicar sus juicios, los que aparecen en varios segmentos de estas *Memorias*. Es así como la autora va incorporando, a la vez que las genealogías que prestan esa autoridad a su voz, observaciones y juicios sobre diversos modos de alteridad. “El relato bajo la apariencia de una épica triunfal de la masculinidad ilustrada, va articulando paralelamente los espacios de autonomización femenina en el ámbito literario y cultural”, escribe Ana Traverso (66). Esto es así en varios de los fragmentos del libro, pero sobre todo en los últimos capítulos, en que la autora construye breves biografías de chilenas destacadas y relata su viaje por España, donde entró en contacto con personalidades famosas –entre ellas la escritora Emilia Pardo Bazán–, y en que el relato sobre los otros abre en realidad interesantes atisbos sobre el yo de la narradora, enaltecido intelectualmente a través de esos encuentros y diálogos.

IRIS: PASAJERA EN TRÁNSITO

¿Se habrá inspirado Iris en Stendhal cuando escribe sobre sus diarios de infancia y primera juventud?: “En escamoteo de las ironías del Tiempo, hice un pequeño Diario –espejito de mano para tomar bellas posturas, dejándolas estampadas–. Podía así mirarme a todas horas en esa luna plateada con que mi sensibilidad le hacía fondo” (II). El “espejito” no se pasea a lo largo del camino: aquí parece más bien el espejo que adjudican a Venus –y por extensión, a las mujeres–, pero en realidad es algo más que un espejo vanidoso: sirve para observar otro tipo de viaje, los cambios “del espíritu” que tanto obsesionaba a esta autora, quien en su juventud recorrió los caminos del catolicismo más ortodoxo y ya madura, la búsqueda ansiosa del misticismo en las

⁴ En el cuento, mezcla de “Pigmalión” y “La fierecilla domada”, se relata cómo una mujer es castigada por sus “veleidades” y es convertida en muñeca, hasta que la rescata don Juan de la Flor con un beso. El comentario de Barros revela el proceso de domesticación del sujeto femenino, en el que concurrían no solo las fuerzas educadoras de Miss Whitelock y los manuales de urbanidad, sino también las empleadas de la casa señorial, con sus consejas: “Yo me sentía muñeca colgada en el escaparate y después transformada en reina poderosa y hermosísima, contando los tormentos de mi vida de muñeca con que espí [sic] mis desvíos de mujer veleidosa. ¡Qué dispuesta me sentía a amar a Don Juan, tan noble y tan hermoso! ¡Qué resuelta a no volver a ser veleidosa!” (43 – 44).

doctrinas teosóficas. Así buscaba compensar sus contradicciones anímicas, ese carácter dual que la transformaba de un “ángel” –como la quería ver su abuela paterna– en un ser irónico, rabioso, enjuiciador.

Iris es autora de varias publicaciones, en las que abundan esas dicotomías. Como plantea Marcela Prado, “como mujer nacida en el seno de una familia ligada a los grupos oligárquicos, casada con militar de ascendencia vasca y abolengo, el discurso de Iris reproduce, por un lado, la ideología de su clase y, por otro –y asumiendo su condición de mujer–, se rebela contra dicha ideología...” (Prado 47). Se siente heredera de dos mundos –lo que se refleja en sus títulos: *Entre dos siglos*, *Entre dos mundos*–, cuestión que se explica por haber sido criada no como “hija” (su madre murió cuando nació) sino como “nieta” de dos tradiciones muy distintas. A pesar de su inscripción intelectual en la genealogía masculina (el abuelo José Echeverría, que le enseña el mundo de las letras, y por el lado materno, su antepasado Andrés Bello), ella propone una genealogía femenina que explica las contradicciones: “Viví y sentí la Colonia en mis dos abuelas; con ternura en mamita Lolo y admiración en mamita Reyes, que pertenecieron, respectivamente, al hogar la primera y al mundo político y literario la segunda” (1937, VI); como Martina Barros, grafica también las diferencias ideológicas entre las dos ramas de su familia (una más liberal, los Bello, y otra más conservadora y católica, los Echeverría), recurriendo a la cartografía social de Santiago: “[existía] entre la casa de las tías Matte, en Huérfanos esquina de Ahumada, y la de mi abuela, en Compañía esquina de Bandera, más distancia que entre Chile y Argentina, con la cordillera invernal de por medio” (1937, 91).

Esas tensiones se ven ya en su primer libro publicado, *Hacia el Oriente*, memorias de viaje que surgen de la amalgama que hace de dos diarios, llevados durante sendas excursiones a Jerusalén en época navideña, en 1900 y 1901. Como explica Mónica Echeverría en su biografía de la autora, lo publicó por primera vez de forma anónima en 1905 y con su nombre, en 1917. Sin embargo, ya en 1906 se podía saber quién era la autora, a juzgar por un recorte de la revista *Zigzag* de ese año, en que se publica un fragmento con su firma. Resulta interesante, desde el punto de vista de la autoría, que su primera publicación tuviera carácter religioso: Iris insiste en que su viaje es una peregrinación, más que un moderno y materialista viaje de turismo⁵. A partir de entonces, varias de las narraciones de Iris girarán en torno a la experiencia

⁵ Me he referido con detención a este texto en la ponencia “Una experiencia centrípeta: construcción de la autoría, modernidad y espiritualismo en *Hacia el Oriente*, de Inés Echeverría Bello”, y en el artículo redactado en conjunto con Alida Mayne–Nicholls: “Una travesía diferente: peregrinaje religioso y escritura de mujeres en Chile”, ambos actualmente en curso de publicación.

de la itinerancia. Por ejemplo *Tierra virgen* (1910), *Entre dos siglos* (1937) y varios de los textos incluidos en *Memorias de Iris*.

Pienso que es sorprendente que hasta hoy no existan investigaciones que en Chile aborden, en general, la literatura de viajes femenina⁶, pero sobre todo, que la producción de *Iris* no haya sido vista desde esta óptica. Novelista, crítica teatral, periodista, todas estas facetas han sido iluminadas de algún y otro modo. Y parece sorprendente sobre todo por la dedicación con que la autora reelaboró sus diarios de viaje para transformarlos en textos memorialísticos.

Las contradicciones de su experiencia surgen, pues, en movimiento: España, Francia, Alemania, Turquía, Palestina, son sólo algunos de los destinos que atraviesa *Iris*, dejando consignados en sus diarios los avatares no sólo del día –las descripciones físicas o las páginas periodísticas en que procura retratar edificios, ruinas, paisajes– sino también de su intelecto y sus visiones, que ella misma insinúa, más allá de la estética, “místicas”, propias de un “Yo profundo” que surge en la madurez de su vida: “Así pasaba mi pequeña existencia, hasta que irrumpió el “Otro”, mi “Yo” profundo” (1937, III). Ese “Yo” está presente ya en la mirada de *Hacia el Oriente*, su primer libro, donde el viaje moderno (barcos, trenes, comodidades) se encuentra en tensión con una forma de experiencia más conservadora, retraída y, sobre todo, aristocrática. Una voz que caracteriza a lo que Bernardo Subercaseaux ha llamado “espiritualismo de

⁶ Sí hay varios textos sobre la experiencia de Mary Graham, como también sobre las monjas francesas que en la primera mitad del siglo XIX llegaron a nuestro país, recopilados por Sol Serrano. Ciertamente, un naciente interés por la materia ha llevado a algunas académicas y críticas, principalmente de la Universidad de Chile, a estudiar a viajeras chilenas del siglo XIX, como Maipina de la Barra. Me refiero a los textos “Autoría, espiritualismo y educación femenina en el relato de viajes de Maipina de la Barra (1878)”, ponencia presentada por Alicia Salomone y Carol Arcos en el Simposio “Redes, alianzas y afinidades. Escritura de mujeres en América Latina” de la Universidad de los Andes, Bogotá, en octubre/noviembre de 2011 y la tesis “Crítica social y gestión cultural de una viajera sudamericana: Maipina de la Barra (1834–1904)”, realizada por Carla Ulloa en el marco del Magíster en Estudios Latinoamericanos (2012), próxima a ser publicada por Cuarto Propio. La estudiante de postgrado Verónica Ramírez (Universidad de Chile) ha publicado también un artículo en relación con los viajes de Inés Echeverría, “Hegemonía occidental sobre el mundo. Los relatos de dos viajeras chilenas en Oriente”. En: *Revista Chilena de Literatura*, Sección Miscelánea, abril de 2010. Consultado en Internet en abril de 2012: <http://www.revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/article/viewFile/9131/9133>. En lo personal, dirigí la investigación “Espiritualidad y mirada viajera de tres peregrinas chilenas: Amalia Errázuriz, Inés Echeverría y Violeta Quevedo”, financiada por la Pastoral de la Pontificia Universidad Católica de Chile, a través del IX Concurso “Fe y Cultura” (2011), con la participación de Alida Mayne–Nicholls Verdi (alumna del Programa de Doctorado en Literatura, PUC), en que abordamos los relatos de peregrinación de Amalia Errázuriz, Rita Salas Subercaseaux (de seudónimo Violeta Quevedo) e *Iris*.

vanguardia”, sensibilidad epocal que sobre todo entre 1910 y 1920 dio lugar a formas escriturales particularmente íntimas, también muy elitistas. Como señala este crítico, un rasgo importante de estas producciones es el énfasis en “la biografía interior” (92), la que reviste de significación a breves momentos y a veces aparentemente insignificantes acontecimientos, por su impacto en la vida del espíritu. Sin duda, este discurso atraviesa prácticamente todas las reflexiones autobiográficas de Iris.

Por otra parte, al mismo tiempo que los textos de la autora relatan viajes, generan un movimiento identitario centrípeto: este movimiento es de afianzamiento de sus prejuicios racistas, cuando busca en el exterior las huellas de su propia sangre y herencia cultural: “En España, tierra de mi sangre, hallaría razón de mi sensibilidad. Iba a una patria de mi alma, en que me plasmara no ya el suelo, sino la sangre, elemento más espiritual, como archivo que es de experiencias raciales” (1937, 33). Y cuando se enfrenta al contraste con otras culturas –que dice valorar, como también la heterogeneidad o mezcla racial– emerge la voz eurocéntrica que juzga a los otros como bárbaros (en Jerusalén, por ejemplo, judíos, musulmanes y turcos, pero también viajeros provenientes de otros lugares del mundo, como brasileños o españoles).

Un libro particularmente interesante es *Entre dos siglos*, por razones que se vinculan tanto con la escritura como con el tipo de experiencia que la autora busca retratar allí. El relato surge de la revisión de los diarios llevados durante un viaje a España, más de treinta años antes de la publicación. Es aparentemente el acontecimiento de la Guerra Civil Española (1936 – 1939) lo que la lleva a detenerse en las anotaciones de ese viaje. A lo largo de todo el texto se vuelve insistentemente sobre un motivo: la decadencia política, económica y moral del antiguo imperio español y los diálogos que con su esposo tejen en torno a ello: el carácter de los españoles, sus antiguas glorias, el anticlericalismo popular que ven a lo largo del viaje y sus posibles consecuencias. Pero hay una segunda razón para la reescritura. En las memorias se encuentran la voz de Iris en el diario (cuando tenía 32 años) y la voz de Iris ya mayor (con 69 años), quien comenta en muchos pasajes la inocencia o la ignorancia en que vivía durante los años de viaje: “... copié textualmente, pero añadí las reflexiones posteriores y necesarias a su mayor comprensión (...) Aparezco retardada, ignorante, simple y candorosa como fui. No alteraré la verdad por motivo alguno” (VII). “He copiado textualmente de mi Diario y ahora trato de leer en mí misma, para extraer el juicio que no he dado, reduciéndome como siempre a meras impresiones” (68). El relato de viaje retrata los lugares físicos pero también los desplazamientos subjetivos de su autora. Es a través de este paralelismo textual que ella logra poner en perspectiva dos cuestiones centrales en su vida: la relación con su esposo y, por otra parte, su papel de madre. Particularmente significativo es el uso del pronombre “Él” para referirse al marido, Joaquín Larraín Alcalde, muerto unos años antes, y a quien busca reivindicar en este libro, como veremos a continuación.

En un artículo sobre *Entre dos siglos*, Patricia Espinosa considera la aparición de “Él”, “con mayúsculas, hiperbolizado en su grandeza, lo cual contribuye a resituar la figura masculina como lugar de poder frente a lo femenino” (140). Luego se refiere a otro pasaje, en que la autora cuenta que su prima Rebeca Matte llamaba a Joaquín el “Profeta”, lo cual, dice Espinosa, “demuestra que en el grupo familiar/social/femenino al que pertenecía la autora, lo masculino estaba ligado a la grandiosidad, la capacidad de ver más allá de lo que los sujetos comunes advertían. Es la ley patriarcal la que no deja de aparecer” (140).

Propongo otra lectura para esta configuración del texto, que va más allá de la valoración de la representación de Iris en tanto sujeto femenino, buscando una comprensión del mismo con base en su momento histórico y vital. Para comprender realmente lo que ocurre en estas memorias de viaje, es necesario considerar que son publicadas con posterioridad a 1934, cuando Iris ya había publicado el libro *Por él*, en que el pronombre designa nuevamente a su esposo. Allí realizaba un alegato, en nombre de su esposo, contra el asesino de su hija Rebeca, Roberto Barceló. Joaquín Larraín, según relata Mónica Echeverría en *Agonía de una irreverente* (...) siempre se opuso a la unión de su hija con Barceló, miembro de las milicias republicanas, un hombre violento y jugador, quien asesina a Rebeca –según consta en los testimonios del proceso, luego de martirizarla por años– poco después de muerto Joaquín. Inés Echeverría hizo todo lo que estuvo en sus manos para que Barceló pagara con la pena capital: no sólo escribió y dio entrevistas, sino que también movió sus contactos y según cuenta Mónica Echeverría, sus influencias con el Presidente de la República, por entonces Arturo Alessandri, amigo muy cercano de la escritora. Barceló fue ejecutado con escándalo y polémica, ya que por primera vez un miembro de la clase alta chilena era sentenciado a muerte por femicidio, crimen que muchas veces quedaba sin castigo alguno.

Es interesante que en una las muchas intervenciones del yo actual, intercaladas entre los fragmentos diarísticos, se aluda al asesinato de Rebeca, aunque sin dar mayores detalles o referencias al lector. Esto da indicios de que para Iris, sus lectores debían saber de lo que ella estaba hablando: “A esa testarudez que yo le atribuía [a Joaquín Larraín] y que me mortificaba, en ocasiones, refrenando mis fantasías optimistas, pertenece aquella terrible contestación dada a Carmen Morla, encargada por mí de presionar su voluntad para que diese su consentimiento al matrimonio de Rebeca: ‘Creo a X capaz hasta de matar’” (91).

Toda esta historia coloca en una nueva dimensión la utilización del pronombre “Él” y el nombre de “profeta”: son marcas del deseo de Iris de reivindicar a su esposo, poniendo en una nueva perspectiva tanto el destino actual de España, país en el que el marido militar esperaba que reemergiera la energía “heroica”, como el trágico destino de la hija, ambos hechos de algún modo anticipados por Joaquín.

A través de estas memorias de viaje, pues, Iris expía una culpa, que dice relación, también, con su rol de madre. La relación de Iris con sus cuatro hijas fue, como ella misma plantea, distante y conflictiva. La autora permanentemente viajaba, tanto como turista como también guiada por sus crisis nerviosas, en busca de recuperación, a distintas clínicas europeas. Por otra parte, cifraba en la escritura, pero sobre todo en su búsqueda espiritual y religiosa, el norte de sus preocupaciones. La maternidad, como se deja ver en estos diarios, para ella era más que un estorbo: era una fuente de sufrimiento. La dualidad cuerpo/espíritu aparece una y otra vez en su relato: “Los médicos nunca vieron al enemigo emboscado en mi organismo, que era la lucha entre un cuerpo frágil y un Espíritu fuerte...” (11). “Mi único remedio o evasión fue el misticismo” (12). Las tensiones del discurso en los textos de Iris por lo general refieren a esta dualidad; su histeria radica en no poder desarrollar ese aspecto fuerte, la espiritualidad, también el intelecto, ámbitos de la vida al que parecen poder acceder solo los varones. Aunque ella posea una herencia cultural (es la nieta de Andrés Bello) y una posición social connotada –nace, dice, “en el riñón de la aristocracia” (2005, 15)–, no puede desarrollar sus habilidades intelectuales y destrezas espirituales a causa de su condición de mujer. El cuerpo es su tiranía:

En mi subconsciente me sentía Iris, mensajera de los dioses, y por una criatura desconocida, en camino al mundo, había de suprimir a ese primero y más hondo Yo convirtiéndome en una de tantas pobres mujeres, destinadas a darse en lo inferior, con supresión de lo principal, de aquella Sola cosa necesaria, que según Cristo faltaba a la afanosa Marta, perdida en detalles materiales, con desmedro del Espíritu (101).

En sus memorias, sin embargo, y después de sufrir la pérdida de una hija a la que no ayudó mientras estaba viva, Iris añade a esas angustiosas páginas sobre la maternidad (y el terror de volver a embarazarse), esa otra mirada o voz, la del presente, en que plantea una postura reconciliada y hasta idealizada de la maternidad, una idealización que dice relación también con su vida conyugal, con la necesidad de reinscribir públicamente la imagen de un marido que, socialmente, muchas veces ella dejó de lado⁷:

La preñez, con sus tormentos, me parecería deliciosa y toda la carga del porvenir desaparecería, por la dicha de poseerlo a “El” en tiernos años, que no fueron míos, para mimarlo, complacerlo y morirme antes que viniera la otra, la intrusa,

⁷ En su biografía de la autora, Mónica Echeverría plantea algunas hipótesis sobre esta relación conyugal, que se habría visto tempranamente fracturada. A ello se suman los rumores de época sobre la relación entre Iris y Eliodoro Yáñez, también entre la escritora y Arturo Alessandri, a quien acompañó en su campaña política.

la mujer que fui yo, tan egoísta e incomprensiva, hasta odiarme a mí misma en los sufrimientos que le di (102).

Este cambio de perspectiva tiene, pues, un trasfondo muy significativo, que pienso debe ser analizado con detención: está transido de culpa. En su análisis, excesivamente textual, Patricia Espinosa atribuye el cambio de perspectiva de la autora al “transcurso del tiempo”, el que “devela una clara reconciliación de la narradora con su función materna. La escritura, algo que tenía en la más alta valoración en su juventud, ocupa ahora un lugar secundario frente a la función de ser madre”. Y concluye: “podemos afirmar que los dispositivos de control han logrado reinstalar en ella la binariedad sexo-género antiguamente rechazada” (148). Pienso que esta asunción de los discursos patriarcales opera en ella no como un proceso de domesticación; es aparentemente el hecho concreto de la muerte del esposo, primero, y luego de Rebeca, lo que la lleva a hacer este autoexamen de sus antiguas contradicciones. Emergen nuevas tensiones escriturales, ya que no siempre aparece en el presente la voz domesticada, sino que persiste aquella otra, la de la madurez, una voz crítica de los roles identitarios, aristocrática y malhumorada, irónica y desdeñosa de las convenciones religiosas y sociales.

Al integrar una mirada de contexto a la lectura de estas memorias, es posible explicarse, por ejemplo, por qué mientras en *Hacia el Oriente* no había ni una sola mención de Iris a la vida familiar que dejaba abandonada por su viaje religioso⁸, en *Entre dos siglos* se refiere al esposo como “Él”, así, con mayúsculas. Y por qué en todo momento glorifica su presencia, gesto de arrepentimiento tardío en que se combinan nociones religiosas: el arrepentimiento cristiano se traslapa en varios momentos con una idea de la transmigración que explica, desde su perspectiva, los lazos indisolubles que la unen al esposo muerto. No es raro que sus reflexiones sobre “Él” tengan como trasfondo el contexto del viaje, ya que en su mundo espiritual éste es una condición de vida: “nunca me sentí colmada, sino cuando le transmitía mi conquista de aquel nuevo aporte espiritual con que la belleza enriquecía mi alma. (Ni me daría la pena de extraer estas memorias, si no fuera por la felicidad de viajar espiritualmente con “El”, en esa España que se despedaza y arde)”.

CONCLUSIONES

En sus memorias, estas escritoras chilenas inscriben sus voces desde un lugar de privilegio, que se ve descentrado por la experiencia del viaje o bien, por su condición de

⁸ En ese período, en que las mujeres solían viajar acompañadas –hasta hoy, el hecho de que una mujer viaje sola genera comentarios conservadores–, me parece que la mayor transgresión de Iris no es tanto el hecho de viajar sola, sino escribir y mostrar esa soledad, sin estrategias retóricas que la disculpen por ello.

mujeres en un mundo patriarcal y conservador. Recorren los acontecimientos históricos, como la Guerra Civil en Chile o la Guerra Civil en España, planteando paralelamente una reconstrucción de sus mundos y mapas familiares y sociales, dejando entrever en sus escrituras las tensiones del declinar de una época y el despuntar de otra —la modernidad institucional y productiva— en que se ven comprometidos sus modos de vida. A través de sus redes sociales y culturales, logran dar autoridad a sus voces y apropiarse los logros civiles y económicos de la nación, encarnada en un pequeño grupo oligárquico del cual forman parte, pero que por momentos se erosiona en los recuerdos para dejar ver otras caras, las del patio trasero o del machismo femicida, que cuestionan los relatos homogeneizadores desde un lugar que definitivamente es el de un vital e irresoluble desacomodo.

BIBLIOGRAFÍA

- Amaro, Lorena. “Estrategias del yo: construcción del sujeto autorial en cinco autobiógrafas chilenas”. En: *Literatura y lingüística* 26, 2012:15 – 28.
- . “Que les perdonen la vida: Autobiografía y memorias en el campo literario chileno”. En: *Revista Chilena de Literatura* 78, 2011: 5–28.
- . “Las muertas: acatamiento y ruptura del orden simbólico en *Recuerdos de mi vida*”, de Martina Barros. *Taller de Letras* 48. 2011b:11–19.
- Arcos, Carol. “Novelas–folletín y la autoría femenina en la segunda mitad del siglo XIX en Chile”. En: *Revista Chilena de Literatura* 76, abril 2010: 27 – 42.
- Catalán, Gonzalo. “Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920”. En: Brunner, José Joaquín y Gonzalo Catalán. *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*. Santiago: FLACSO, 1985.
- Echeverría, Inés (Iris). *Entre dos siglos. (Diario íntimo de Iris)*: Ediciones Ercilla, 1937.
- . *Hacia el Oriente. Recuerdos de una peregrinación a la Tierra Santa*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1917.
- . *Memorias de Iris*. Santiago: Aguilar, 2005.
- Echeverría, Mónica. *Agonía de una irreverente*. Santiago: Sudamericana, 1997.
- Espinosa, Patricia. “La subjetividad nómada de Inés Echeverría Bello: *Entre dos siglos (diario íntimo)*”. En: *Inti. Revista de Literatura Hispánica* 65–66, 2007: 133–150.
- Morales, Leonidas. *La escritura de al lado. Géneros referenciales*. Santiago: Cuarto Propio, 2001.
- Prado, Marcela. “Inés Echeverría Bello (Iris) (1868–1949)”. En: Rubio, Patricia. *Escritoras chilenas: novela y cuento*. Santiago: Cuarto Propio, 1999. p. 43–65.
- Richard, Nelly. *Residuos y metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición)*. Santiago: Cuarto Propio, 1998.

Silva Castro, Raúl. “La memoria personal”. En: *Panorama literario de Chile*. Santiago: Universitaria, 1961, 472 – 489.

Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y la cultura en Chile. El Centenario y las vanguardias* (Volumen III). Santiago: Editorial Universitaria, 2004.

Traverso, Ana. “Primeras escritoras en Chile y autorización del oficio literario”. En: *Anales de literatura chilena* 17. Junio de 2012: 61 – 80.

Vicuña, Manuel. *La belle époque chilena: alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*. Santiago: Sudamericana, 2001.

MARTINA BARROS DE ORREGO

RECUERDOS DE
MI VIDA

EDITORIAL ORBE

SANTIAGO ————— 1942

Portada de *Recuerdos de mi vida*. (Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile)



Inés Echeverría (*Iris*). (Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile)